

y los gritos de dolor de las víctimas del obscurantismo, conmoviendo los aires, las habrán agitado convulsivamente. Allí estaba, en otro tiempo, el *quemadero* del Santo Oficio, donde hoy es un sitio de solaz para la civilización moderna.

En el centro de la espesura hay un invernadero poco notable y una bonita pajarera. En la gran glorieta central, casi una plaza por sus dimensiones, se cons-



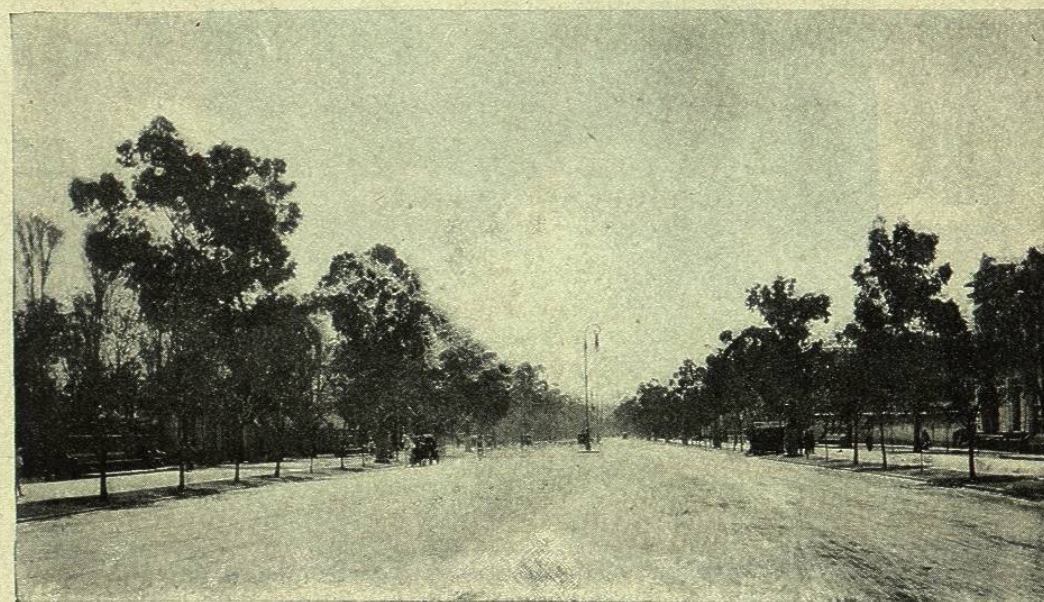
ESTATUA DE VENUS EN EL PASEO DE LA ALAMEDA

truyó una torre con un reloj, un kiosco para la música y en el centro, un estanque circular con una fuente de bronce. En el costado Sur se levanta el *Pabellón Morisco*, de hierro y mosaicos, que figuró en la Exposición de Chicago (E. U.) y en el cual se verifican las jugadas de la *Lotería de Beneficencia*, ¡nombre sarcástico que se ha dado á aquella máquina de arrancar dinero al pobre (*)!.

Al Norte de la *Alameda* se extiende la ancha avenida de los *Hombres Ilustres* con sus viejos templos de la *Santa Veracruz* y *San Juan de Dios*, entre los que se levanta la estatua de Morelos. Esta calle está continuamente concurrida por los tranvías que la cruzan sobre tres líneas distintas, las de ida y vuelta al barrio de Santa María y Buenavista, y la angosta del ferrocarril del Valle. Al Sur está la avenida *Juárez*, con sus modernos y elegantes edificios y su incesante rodar de ca-

(*) El destino de los productos de esta lotería en realidad es benéfico, pero el sistema de juego resulta contraproducente. Todas las semanas se hace una jugada de gran cantidad de millares, cuyo premio mayor es de 600 pesos y el costo de un billete de 25 centavos, dividido en quintos de cinco centavos cada uno. Como el premio, por su insignificancia, carece de atractivo para el rico y el precio del billete está al alcance del pobre, resulta que la clase proletaria es la que sostiene los establecimientos de beneficencia, con perjuicio de sus pobres familias. Queremos escribir el presente libro de un modo imparcial y desapasionado, y por eso anotamos al lado de la virtud el defecto mexicano.

rruajes particulares que se dirigen al aristocrático paseo de la *Reforma* ó en lenta é interminable fila regresan del mismo al anoecer. A ambos lados de la *Alameda*, el bullicio y el movimiento son generales y aturridor el estruendo de los vehículos, de la áspera corneta del tranvía y del voceo de los vendedores de periódicos. Al centro reinan la quietud y el silencio, interrumpido apenas por el dulce piar de los pájaros en la enramada, la sombra, el misterio y el perfume de las azucenas y de las gardenias. No obstante, á ciertas horas del día y especialmente en los Domingos, aquel poético lugar se anima inusitadamente. Bandadas de niños con su alegría estrepitosa y sus inocentes juegos, como traviesos corderillos se desparraman por los jardines é inundan las glorieta, mientras la calle exterior que mira á la *Avenida Juárez* se puebla de señoras graves y simpáticas jóvenes, que no van á la *Reforma* tal vez porque no poseen carruaje, pero que componen la aristocracia de la honradez, de la naturalidad y de la belleza: de la belleza, sí,



PASEO DE LA REFORMA

que en la mujer mexicana de esta *clase media de la fortuna*, no se ve el afeitado ni apenas el polvo de arroz, y se admira en toda su hermosa naturalidad el terso cutis y los ojos bellos y oscuros como las noches del Valle, en los que centellea la bondad de su alma como en los lagos centellea el reflejo de la estrella lejana.

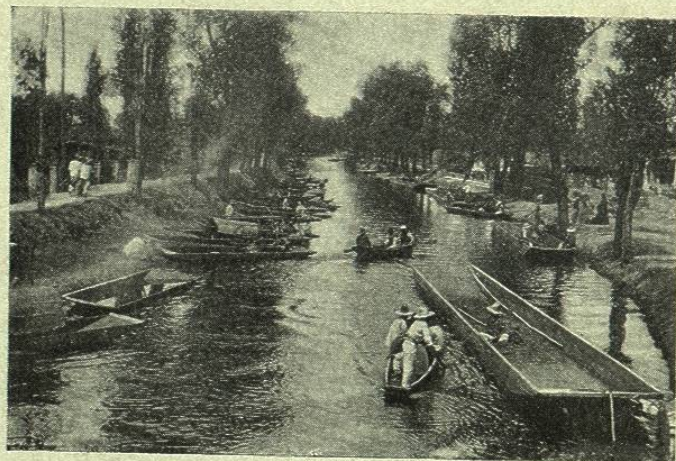
Mas allá de la *Alameda*, hacia el Sudoeste, se extiende la *Reforma*, el *paseo de moda*, el punto de cita de la aristocracia de la fortuna. Es una larga calzada que empieza al fin de la *Avenida Juárez* y concluye en Chapultepec; tres kilómetros y medio de paseo delicioso, orlado de viejos sauces, eucaliptos, chopos y ahuehuetes. La calzada no tiene menos de sesenta metros de ancho, con una acera á cada lado pisada de asfalto para el tránsito á pie. Elegantes edificios se levantan á una y otra orilla, severos algunos, estilo *chalet* otros y todos modernos porque este paseo es de reciente construcción.

A su entrada, sobre altos pedestales, hay dos indios gigantes de bronce pidiendo que el buen gusto los arroje de allí para substituirlos con una artística arcada que conmemore algún hecho, como, por ejemplo, el descubrimiento de América, la independencia mexicana ú otro de alta importancia.

A fin de adornar convenientemente el parque, se dispuso que cada Estado de la Federación enviase para él dos estatuas representando sus dos hijos más ilustres, siendo el resultado de tal disposición brillante para la cantidad pero desastroso

para el arte, que quedó malparado con algunas estatuas, verdaderos adefesios, que allí se exhiben. Alternan con estas figuras artísticas jarrones sobre pedestales, y completan el ornato del elegante parque los costosos y bellísimos monumentos á Colón y á Cuauhtemoc de que hemos hablado en el anterior capítulo. Profusión de asientos de piedra, incómodos y feos, deslucen las aceras, y por último, completa el conjunto de aquel atrayente lugar el risueño paisaje que á ambos lados se divisa, coronado por los gigantescos volcanes en cuyas frentes nevadas reverberan los rayos del sol.

Para contemplar el *Paseo de la Reforma* en toda su grandeza y esplendor es necesario verlo en las tardes del Otoño, cuando centenares de lujosos trenes y hermosísimas mexicanas, lo llenan; cuando las galas de la naturaleza se hermanan con las joyas y la seda, para formar un conjunto de imponente elegancia y majestad.



CANAL DE LA VIGA

El paseo de *Bucarelli*, próximo al de la *Reforma* y formando ángulo con él, tuvo también su época de moda hasta que vino él mismo á destronarlo, y algo parecido sucedió con el de la *Viga*, hermosa calzada que corre al borde del canal de su nombre, por donde los indígenas de la parte SE. del valle, conducen en canoas las legumbres y las flores que venden en la capital.

La alameda de *Santa María* y el *Jardín de Guerrero* son también bonitos puntos de recreo, pero poco ó nada concurridos; y del célebre bosque de Chapultepec, ya nos ocupamos en páginas anteriores.

Réstanos citar otro paseo de moda, hermoso y pintoresco aun cuando carece del atractivo que tienen los árboles y las flores. Este paseo lo forman las aristocráticas calles de *Plateros*, donde se reúne toda la gracia y todo el *chic* mexicano y donde ejercen su necia costumbre de interrumpir el tránsito, los *lagartijos* (*).

Al anochecer, ó más bien noche ya, llegan á estas calles los carruajes que regresan de la *Reforma* y es costumbre pasear en ellos, lentamente, durante una hora, desde la esquina de la plaza *Constitución* hasta las calles de *San Francisco*.

Si el arroyo se ocupa con las dos interminables filas de carruajes que van y vienen, las aceras se llenan de paseantes á pie, entre los que se ven muchas señoras y niñas. La animación entonces es vivísima, y el forastero no acostumbrado á estos brillantes espectáculos de las grandes ciudades, se siente deslumbrado por el

(*) Lllaman en México *lagartijos* á los pollos cursis que se estacionan delante de los escaparates de *Plateros* y se entretienen en echar flores y piropos inspidos, á veces de mal gusto y atrevidos, á las señoras que pasan por las aceras. El escritor *Juvenal* los bautizó y el nombre de *lagartijo* se hizo popular.

relampagueo de las joyas y los visos del raso, y desvanecido por el perfume delicado que brota de aquellas hermosas esclavas de la diosa Moda.

La luz eléctrica derrama sus fantásticos rayos sobre la multitud y sus claras luces palidecen á veces con el centelleo de los diamantes ó la llamarada de unos ojos negros.

Poco después desaparecen en todas direcciones los carruajes con su lujoso cargamento, las damas que llenaban las aceras y que recogieron impresiones del último figurín en los escaparates de las tiendas, y los transeúntes todos, quedando las calles en silencio. Los *lagartijos* permanecen aún breves instantes, como fanatizados por el recuerdo de la hermosura ó adormidos como musarañas al resplandor de la lámpara eléctrica, hasta que á su vez desaparecen, silbando un dúo de las *tandas* y haciendo molinetes con su bastoncillo, camino de los teatros y de los clubs algunos, á sus hogares los menos y otros en busca de los *paganos templos*.

IV. **Diversiones públicas.** — Aparte de los teatros y los paseos, son abundantes en México otras diversiones cotidianas y algunas especiales en ciertas épocas del año. Existen en la ciudad ó sus inmediaciones dos plazas de toros, un hipódromo, dos frontones de pelota y un *skating-ring*.

Las plazas de toros son adefesios y ordinariamente las lidias poco atractivas por la insignificancia de los *Cúchares* y *Frascuolos* que toreadan en el país y porque el ganado mexicano se presta poco para las suertes. Únicamente cuando arriba á las playas de Veracruz un *Mazantini*, se siente furor por la tauromaquia durante algunos días: sin embargo, el pueblo mexicano es muy afecto, por desgracia, al arte de la lidia, y entre los nacionales hay toreros de corazón y de voluntad pero en general sin escuela.

El hipódromo de la *Indianilla* se ve frecuentado por lo más selecto de la sociedad, cuando el *Jockey Club* organiza en él sus acostumbradas carreras. El hipódromo es muy bueno y bonito, amplía la pista y los palcos y graderías muy elegantes, pero no hay afición en México á este sport y la apuesta no reviste nunca importancia.

El juego de pelota alcanzó de poco tiempo á esta parte un desarrollo y afición asombrosos en el país. Dos frontones se levantaron en la capital, el *Nacional*, frontón cubierto, y el *Jai Alai* ó Fiesta Alegre, que es un bellissimo edificio. El público que concurre á los frontones es por lo general masculino, viéndose allí pocas señoras y á veces ninguna. En este vascongado sport no sucede lo que en las carreras hípicas. Aquí las apuestas son muchas y crecidas y la higiénica y honesta diversión se convirtió en desenfrenado juego y en lucrativa industria de algunos. Confiamos en que el furor por los frontones durará en México tan poco como duró en otras capitales, donde murió enseguida que el público conoció el juego de los pelotaris.

El *skating-ring* no tiene nada de notable, y el patín no goza de las simpatías de este pueblo que sólo ve las nieves en las altas cumbres de los volcanes.

Como aditamento de estos medios de diversión tenemos en la capital de la República el gran elemento del baile. No puede negarse que la juventud mexicana es decidida vestal de la saltarina *Terpsicore*, y no pasa día sin que una reunión ó un baile de etiqueta se celebre en alguna casa de familia. La clase baja tiene sus bailes populares en ciertos salones todos los domingos.

Las fiestas en México son muy frecuentes y se dividen en dos clases: las nacionales que celebra el Estado y las religiosas. Las primeras son dos: el 5 de Mayo, aniversario de la batalla de Puebla, y el 16 de Septiembre, aniversario de la independencia. En esta segunda principalmente es cuando afluyen á la capital millares de forasteros y se hace verdadero derroche de banderas y gallardetes, iluminaciones y fuegos artificiales, discursos y banquetes, y sobrasaliendo sobre todos estos espectáculos la gran parada militar en la que forman á veces 8.000 hombres. Los indígenas acuden en estos días á la ciudad y llenan la gran plaza *Constitución* con sus pintorescas tiendas, para vender cacahuets, objetos curiosos y bastante artísticos de barro de Guadaluajara, juguetes de trapo, frutas y otra multitud de artículos heterogéneos.

Entre las fiestas más notables de la Iglesia figuran el Carnaval, en decadencia y amenazando desaparecer para siempre; la Semana Santa, durante la cual se ven los templos muy concurridos por damas y caballeros, aquéllas luciendo la graciosa mantilla española, y éstos correctamente vestidos de negro; el día de Difuntos en el que invade los cementerios toda la buena sociedad, lujosamente ataviada, convirtiéndose en alegre y pintoresca una fiesta lúgubre; y por último las *Posadas* ó sea la fiesta universal de Navidad, con su costumbre local de los *nacimientos* y bailes en las casas de familia.

Las colonias extranjeras contribuyen á aumentar el número de fiestas con las suyas propias, distinguiéndose los franceses cuando celebran el 14 de Julio, y los españoles con su histórica *Virgen de Covadonga*.

MÉXICO INDUSTRIAL

I. — Reseña histórico-comercial de México

Entre las grandes revoluciones sociales registradas por la Historia, que cambiaron el aspecto de las cosas y el rumbo de las ideas, figura el descubrimiento de América como una de las más fecundas en consecuencias sublimes para la humanidad.

El filósofo de Judea, predicando la caridad cristiana, reformó el corazón del hombre; Mirabeau en la tribuna francesa reformó el pensamiento; y Colón gritando ¡tierra! ante las costas americanas, reformó la ciencia y abrió las puertas del mundo al comercio universal. Jesús derrama el bálsamo consolador de la religión en la afligida humanidad; Mirabeau la arranca de la esclavitud y la dignifica; Colón la enriquece.

Pero Colón que en América quiso remedar al Hijo de Dios, predicando la nueva luz del Evangelio, no acertó á preceder á Mirabeau declarando iguales todos los hombres, y sumió en la esclavitud á los indios, que mandaba como bestias á los mercados de Sevilla.

El primer comercio, pues, que se hizo entre ambos mundos, ¡triste es decirlo! fué la compra-venta de seres humanos.

Los pueblos indígenas del Nuevo Continente sostenían entre sí, antes del descubrimiento y conquista, un activo aunque rudimentario comercio de cambios, y en México, entre los aztecas, eran distinguidas con grandes honores las personas que se dedicaban al comercio internacional y se les llamaba *pochtecas*.

Las fantásticas relaciones de los cronistas contemporáneos de Cortés, y aun éste mismo, nos hablan de animadísimos mercados en la gran *Tenochtitlán*, en los que se reunían diariamente hasta sesenta mil mercaderes; pero si bien sus crónicas las creemos, en su mayor parte, producto de sus imaginaciones excitadas con la contemplación de lo desconocido y de su deseo de exagerar ante el Viejo Mundo la importancia de la conquista, no dejan duda de que el comercio tenía, entre los antiguos mexicanos, cierta importancia, siquiera difriese en mucho el sistema mercantil del empleado en las antiguas naciones de Europa.

No les era del todo desconocida la moneda, pues empleaban como tal el cobre, recortado en pedazos en forma de T, granos de oro, trozos de tejido de algodón, pedacitos de estaño y semillas de cacao; pero puede decirse que usaban este elemento económico tan sólo en la compra y venta de artículos de primera necesidad y no en las grandes operaciones mercantiles que, por otra parte, no existían, ó se reducían á permutas de unos artículos por otros, sin constante relación en sus valores; lo cual no constituye, verdaderamente, lo que llamamos *comercio*. La existencia de éste, propiamente dicho, empieza en México con la conquista, que trajo la moneda acuñada, y con ella las verdaderas transacciones comerciales.